

# *Los bandos de Verona*

Francisco de Rojas Zorrilla

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES

SENDE LA FORMACION DEL LEGUAJE ENTA NENTROS DIAS

TOMO QUINGUAGÉSIMO CUARTO

COMEDIAS ESCOGIDAS

DE

D. FRANCISCO DE ROJAS ZORRILLA

ORDENADAS EN COLECCION

POR D. RAMÓN DE MESONERO ROMANOS



MADRID:

IMPRESA DE LOS SUCCESORES DE HERNANDEZ  
CALLE DE QUISPERA, 22

1926.

## PERSONAS

ALEJANDRO ROMEO  
CARLOS ROMEO  
ANTONIO CAPELETE  
ANDRÉS CAPELETE  
CONDE PARIS  
JULIA CAPELETE  
ELENA ROMEO  
ESPERANZA  
LEONOR  
GUARDAINFANTE, *gracioso*.  
OTAVIO, *criado*.  
SOLDADOS



y no los lloro por eso:  
 dime tu pena también.  
 Declárame tu dolor.  
 ¿Tú qué lloras?  
 Un amor;  
 ¿tú qué sientes?  
 Un desdén.  
 Querida soy, y mi vida  
 de imposibles adolece.  
 Mayor mi desdicha crece,  
 pues quiero y no soy querida.  
 Mi amante y dueño sabrás  
 que me quiere más que a sí.  
 Mi amante me quiere a mí  
 de cumplimiento no más.  
 Como a mi amante lograra  
 hoy fuera mi amor dichoso.  
 Quisiérame a mí mi esposo,  
 y mas que no le gozara.  
 Que no le amas tanto creo.  
 Tibio está tu antiguo ardor.  
 Esa es tema y no es amor.  
 Ése no es más de un deseo.  
 Mal le sabes definir.  
 Que es imagino en rigor  
 mala urbanidad de amor  
 el querer por conseguir.  
 Quien no aspira a merecer  
 no quiere.  
 Engañada estás,  
 antes quiere mucho más  
 la que quiere por querer,  
 y este amor goce renombre  
 que estrella ha infundido bella.  
 Eso es amar una estrella  
 y esotro es amar un hombre.  
 Con verle está mi pasión  
 con templanza y sin enojos.  
 Eso es halagar los ojos  
 y enojar el corazón.  
 Tú no sientes mi desdén.  
 Tú no sabes mi pasión.  
 Julia, tú tienes razón.  
 Elena, tú dices bien.  
 Salga en palabras veloz  
 a declararse mi agravio.  
 Use mi pena del labio,  
 logre mi queja la voz.  
 Decirte mi mal quisiera.  
 Oye mi dolor ahora.  
 Salte allá fuera, Leonora.  
 Esperanza, vete fuera.

*(Vanse las criadas.)*

ELENA

Ya sabes que esta ciudad  
de Verona, en civil guerra  
cuatro años ha padecido  
la prolija competencia  
de dos antiguas familias  
que la dan lustre y nobleza.  
Montescos y Capeletes,  
en cuyas cenizas muertas  
de no apagados del odio  
y de cubiertos en ella,  
por memoria o por reliquia  
algunos carbones queman.  
Ya sé todo lo que dices,  
y que la amistad estrecha  
que en las dos se ha conformado,  
aunque en linajes opuestas  
nos ha unido tan iguales,  
que excepción damos violenta  
desta regla de la ira  
siendo, del hado a la fuerza,  
tú del árbol Capelete,  
yo de la rama Montesca.

JULIA

Fue el principio destes bandos  
una inútil academia  
en que justaron un día  
el valor y la destreza.  
Tu padre Otavio Romeo  
(a cuya anciana experiencia  
Verona debió más lauros  
que Roma triunfos a César)  
mantenedor de un torneo,  
vibrando en la mano diestra  
contra su competidor  
asta de pino ligera,  
por la visera una astilla  
halló la entrada tan cierta  
(Que a veces hace el acaso  
mucho más que la destreza),  
que dio la muerte a mi hermano  
Luis Capelet, sin que hubiera  
quien achacase a su enojo  
de aquella muerte una seña;  
mas como la sangre es fuego,  
sopló el dolor la materia  
de la envidia, que fue siempre  
una hipócrita pavesa  
que está ardiendo como viva  
y humeando como muerta;  
y todos los Capeletes  
cobrar la venganza intentan  
en tu noble padre anciano,

que entre valores envuelta  
rindió la vida, dejando  
póstuma otra vida nueva  
que nació de aquella muerte,  
porque toda Italia sepa  
que las canas de los nobles  
(bien que embotadas parezcan)  
cobran más seguros filos  
si se aguzan en la ofensa.  
Tu hermano Alejandro, entonces  
la espada indigna soberbia  
en venganza de su padre,  
con tanta ira, que apenas  
logró del primer amago  
la satisfacción primera  
cuando todos los Montescos  
sus parciales, aprovechan  
la ira más que el valor,  
y con saña torpe y ciega  
no perdonan Capelete  
que de su espada sangrienta  
no sea ejemplo de sí  
y escarmiento de otro sea.  
Anciano en quien florecieron  
canas de cien primaveras,  
dio por fruto los corales  
que maduraba en sus venas,  
tierno infante que en la cuna  
se adormeció a la querencia  
del arrullo, a su inocente  
noble sangre se gorjea:  
llegó la saña a los templos,  
la voz regiones penetra;  
¡vivan los Montescos! dicen  
los unos, los otros ¡mueran!  
Capelete allí agoniza;  
un Montesco allí pelea  
con la muerte; el alarido  
se escucha, mas no la queja;  
cayose aquel edificio,  
a titubear otro empieza,  
y son puntales del flaco  
los que del caído cuelgan.  
Da el hijo voces al padre,  
la madre al hijo lamenta,  
y con ser tan grande el daño  
aun es mayor la sospecha.  
Llega Alejandro a mi casa,  
y tan indignado llega  
a dar la muerte a mi padre,  
que no hallándole, se venga  
en los criados, y entrando  
más adentro, no reserva

pintado halcón, que las aves  
descubre en ruda floresta;  
maniatado bruto, a quien  
regaló mano grosera;  
temporal ave, que canta  
en la infancia de la selva;  
y llegando hasta una cuadra  
donde mis pestañas negras  
iban ensartando el llanto  
que se quejaba en mi pena,  
quiere darme muerte; y yo,  
porque no se compadezca  
de mi llanto, doy al rostro  
esa blanca usada tela  
a quien ocupa el dolor  
y le inventó la limpieza.  
Con el acero me busca  
y con la mano siniestra  
quita el Cambray de mis ojos,  
y no los ha visto apenas,  
cuando dejó en el amago  
a la ejecución perpleja.  
En fin, si fue piedad suya  
o fuese verme tan muerta  
que estaba inútil su acero  
no estando ociosa mi pena:  
o fuese verme rendida,  
o fuese porque es nobleza  
del rayo no emplear iras  
donde faltan resistencias:  
o fuese por mi hermosura,  
o porque (aunque no la tenga)  
no se hacen todos los ojos  
a la luz de la belleza:  
o fue, qué sé yo por qué,  
que siempre en estas materias  
aquello que no se sabe  
es aquello que más prenda;  
apagar hizo aquel odio  
que ardiendo en nobles centellas  
tuvo en el mismo no arder  
aun más pertinaz materia.  
Agradezco su valor,  
y quedé, decir pudiera,  
mucho más que agradecida;  
mas quedó en mí la dolencia;  
porque habrá alguno que llame  
facilidad a la fuerza.  
Solicítame después  
con cuidado y con fineza;  
dile oídos, y él me dijo  
aquellas mentiras tiernas,  
que, sabiendo que lo son,

no hay mujer que no las crea.  
Háblame una y otra noche  
por los hierros de una reja;  
rogaba, escúchole el ruego;  
quejábbase, oigo la queja;  
finge enojos como airado,  
y créolos como necia;  
pídeme en mi casa entrada,  
cierro a su oído la puerta;  
porfía, no lo permito;  
háceme aquellas protestas  
que hacen todos, y ninguno  
cumple, aunque cumplirlas quiera.  
Déjole entrar en mi casa,  
vase hallando mucho en ella;  
díceme que es ya lo más  
haber entrado a esta fuerza;  
que me rinda a los partidos  
de ser mi esposo. Aquí vieras,  
ya su ruego, ya su amor,  
pelear con mis sospechas.  
Creía yo sus palabras  
como amante, y al creerlas  
sólo la desconfianza  
de mí me tuvo suspensa.  
A mí sola me temía;  
que mala hora es aquella  
en que una mujer de partes  
desconfía de sí misma.  
mi amor ya le has entendido,  
ya te dije su asistencia;  
yo soy mujer, y él galán;  
hubo días, hay finezas.  
El trato es parcial de errores,  
la noche siempre es tercera;  
Y así... pero no eres tú  
tan bozal, tan extranjera,  
que no entiendes el lenguaje  
del amor; calle mi lengua,  
y colige mi desdicha  
de mi silencio en las señas;  
que males deste linaje  
no se entienden si se cuentan,  
y sólo se explican más  
si los calla la vergüenza.  
Ya por el mar de las dudas  
navegaban mis sospechas  
por el viento de un suspiro  
y un leve Cambray por vela;  
cuando halle próspero el cielo,  
y a mi Alejandro que intenta  
con rendimientos más finos  
solicitar me más tierna.

Mas desde entonces me quiere,  
y al ver que soy la primera  
que quiere a un hombre premiado  
por mérito o por estrella,  
dije, viéndome al espejo,  
que me halaga y lisonjea  
mientes cristal, que me finges  
en sombras una belleza,  
que no fuera yo dichosa  
si yo no fuera algo fea;  
pero como siempre el mal  
es sombra del bien, y es fuerza  
que a una dicha que es gran dicha  
una desdicha suceda,  
mi primo, Andrés Capelete,  
casarse conmigo intenta,  
y a mi padre o mi enemigo,  
con porfías y con quejas  
le pide mi mano, y él,  
por su sangre y por sus prendas,  
parece, aunque no le admite,  
que tampoco le desprecia.  
Hoy mi padre me ha pedido  
que con él case; tú piensa  
a cuántos riesgos están  
mi vida y mi fama expuestas.  
Si a casar con él mi padre  
me obliga, si no me fuerza,  
mal podré sin honra ser  
mujer de quien honra tenga.  
Pues si Alejandro, mi dueño,  
sabe que hay quien me pretenda  
y que yo escucho este amor,  
me expongo a que me aborrezca;  
que aunque celos vulgarmente  
dan a este fuego materia,  
también se sabe que hay muchas  
excepciones desta regla,  
que unos con celos se encienden,  
y otros con celos se hielan.  
Casarme con Alejandro  
no es posible, aunque pudiera,  
pues mi padre es su enemigo  
o por venganza o por tema:  
y que ha de ser tan difícil,  
imagina mi dolencia,  
que le quiera por esposo  
como que yo no le quiera.  
De suerte, que un enemigo  
sitiando esta fortaleza  
a desembocar mis ojos  
(foso de mi amor) se acerca.  
si al socorro de Alejandro

voy esperando que venga,  
¿cómo si le estorban tantas  
artificiales trincheras?  
Olvidarle no es posible;  
casar con otro es violencia;  
obedecer a mi padre  
no es obedecer mi estrella;  
para aguardar que se ajusten  
estos bandos no hay paciencia;  
convalecer, no es posible;  
desesperar, es flaqueza;  
olvidar, cruel remedio;  
querer, imposible fuerza;  
quejarme más, no es valor;  
callar más, no es fortaleza;  
y así, pues sabes de amor,  
como amante me aconseja,  
amiga me persuade,  
y como hermana me temple,  
porque te deba mi fama  
y porque mi amor te deba,  
ella decentes alivios,  
y él maduras experiencias.  
Pues yo te quiero contar  
mayor pena.

ELENA

JULIA

No lo creo.

Dila.

(Sale ESPERANZA.)

ESPERANZA

Alejandro Homeo  
dice que te quiere hablar.  
¿Es él, o me has engañado?  
Por señas que trae consigo  
a Carlos, su grande amigo,  
que es quien siempre anda a su lado.  
¡Qué querrá, cielos! ¿qué es esto?  
Dentro, en la antesala está.  
Dile que no se entre acá,  
que aunque no vendrá tan presto  
mi padre, le temo.

JULIA

ESPERANZA

JULIA

ESPERANZA

JULIA

ALEJANDRO

(Dentro.) Di  
que tengo de entrar.

JULIA

Señor,

advierte que no es amor  
no mirar por ti y por mí.  
(Dentro.) Ahora mi intento sabrás,  
mi imposible soberana;  
¿estás sola?

ALEJANDRO

JULIA

Sí, tu hermana  
está conmigo no más;  
vete, Alejandro, que yo  
verte a la noche confío.

ALEJANDRO (Dentro.) ¿No vino un criado mío a darte un recado?

JULIA No.

(Salen ALEJANDRO y CARLOS.)

ALEJANDRO Pues a decir mi cuidado se arroja mi confianza.

JULIA Cierra esa puerta, Esperanza, presto, y vete, dueño amado.

ALEJANDRO Pues bien, podéis iros vos.

CARLOS Esperando os quedaré.

ALEJANDRO Idos, que yo os buscaré.

CARLOS Pues adiós, amigo. (Vase.)

ALEJANDRO Adiós.

Julia, yo no vengo a verte, a tu padre vengo a hablar.

JULIA ¿Qué dices?

ALEJANDRO Y a remediar con una voz una muerte. Pedirte por dueño quiero, que no tengo por peor fallecer de su rigor si de tu esperanza muero. Que te adoro le diré, que bien veo (aunque estoy ciego) que por arriesgar un ruego no se aventura una fe. Los bandos que yo encendí el tiempo los apagó; días ha que dura el no, instantes hay para el sí. A poner remedio acuda mi fe a esta dificultad, muera yo de una verdad si he de morir de la duda.

JULIA Dueño mío, ¿cómo un daño tan evidente no ves?

ALEJANDRO Ya de mi dolencia es medicina el desengaño.

JULIA Mira...

ALEJANDRO Tu amor no divierta mi intento, porque es en vano porfiar.

ELENA Considera, hermano...

(Llaman.)

ESPERANZA Llamando están a la puerta.

JULIA ¿Quién puede ser? ¡muerta estoy!

Mira quién es al instante.

ESPERANZA ¿Quién llama?

GUARDAINFANTE (Dentro.) Yo.

ESPERANZA  
GUARDAINFANTE  
JULIA

¿Es Guardainfante?  
(Dentro.) Abre, Guardainfante soy.  
Ábrele.

(Entra GUARDAINFANTE, lleno de yeso.)

GUARDAINFANTE  
ALEJANDRO  
GUARDAINFANTE  
ALEJANDRO

Sea Dios aquí.  
¿Cómo vienes tan manchado?  
¿Aquí estás?  
¿Cómo has tardado  
tanto en llegar?

ESPERANZA  
ALEJANDRO

Habla, di.  
Un recado que le he dado,  
¿cómo a traerle no vino?  
¿No ves tú que en el camino  
me han dado a mí mi recado?  
Esperanza: cierra ahí,  
¡no entre mi padre!

GUARDAINFANTE  
JULIA

ESPERANZA  
GUARDAINFANTE

Sí haré.  
No hará, que yo le dejé  
más de diez calles de aquí.  
Habla.

ALEJANDRO  
ESPERANZA  
ELENA  
GUARDAINFANTE  
ESPERANZA  
GUARDAINFANTE  
JULIA  
ALEJANDRO  
GUARDAINFANTE

¿Aun a hablar no se atreve?  
¿Qué sucedió?  
¿Hay tal porfía?  
¿Qué es eso? ¿es alojería?  
Es el diablo que la lleve.  
Ea, Guardainfante, hablad.  
Habla, nada te acobarde.  
Ya sabes tú que ayer tarde  
cené mucho.

ALEJANDRO  
GUARDAINFANTE

Así es verdad.  
Salí de casa a llevar  
un recado esta mañana,  
y en la calle me dio gana  
de volver a descenar.  
Y aunque por diez avestruces  
tengo el calor natural,  
entreme en cierto portal,  
y hallele lleno de cruces.  
Partí luego diligente  
con gran prisa y gran afán  
a entrar en otro zaguán,  
y hallele lleno de gente.  
A otro paso, y éste dejo  
con mi pasión natural,  
y hallo ocupado el portal  
de un zapatero de viejo.  
Voy después con ansia fiera  
a otro que estaba primero,  
y encuentro en él un hormero,  
y en otro una soletera.  
Voy, la gana decentada,

hacia una obra que vi,  
y por la calle que fui  
dejé gran obra cortada.  
Entré en la obra con mil  
ansias, que el descanso cobra,  
y viome empezar la obra  
cierto peón de albañil:  
¿Qué hace aquí? -me dijo, viendo  
la prisa con que acudí;  
pero yo le respondí,  
-No hago, que estoy deshaciendo.-  
A un alarife vi ser  
quien más me estaba mirando,  
y dije, éste está ajustando  
qué cascote he menester.  
Quíseme escapar por eso:  
tarde al remedio acudí,  
trajeron el cuezo allí  
donde tenían el yeso,  
y pusieron a la par  
a tabicar el postigo;  
que no me le cierren, digo,  
y el maestro dijo: Alzar.-  
Un peón como un Roldán,  
dijo a esotros: No le deis,  
Montescos somos los seis,  
y es Montesco este galán.  
-Es así (dijo un pobrete  
con furia muy temeraria)  
pero su parte contraria  
bien se ve que es Capelete.-  
Hicieron luego otra masa  
de yeso vivo y cal muerta,  
vaciáronme por la puerta,  
y fuime a enjuagar a casa.  
En fin, mi intento divierto.  
¿No hablaré a tu padre?

ALEJANDRO

JULIA

No;  
dime tú, ¿quién más que yo  
sabe de mi padre?

ALEJANDRO

Es cierto;  
pues no se aventure todo;  
lo que me ordenas haré.

JULIA

Esta noche te veré,  
y dispondremos el modo  
para hablarle con templanza,  
y ocasión que hacerlo quiera.

ALEJANDRO

Y será la vez primera  
que halle puerto una esperanza.

JULIA

Mas cuando me niegue el sí,  
mi amor no te olvidará.

ALEJANDRO

Ni el hado permitirá  
que yo te aborrezca a ti.

JULIA Mas si te hallase mudado.  
más quiero, dueño querido...

ALEJANDRO ¿Qué?

JULIA Que hayas aborrecido,  
que no que hayas olvidado.

ALEJANDRO ¡Oh qué mal sabes curar  
los accidentes de amor!  
Dime, Julia, ¿no es peor  
aborrecer que olvidar?

JULIA Tu falsa opinión por necia  
no debe ser admitida,  
que el que aborrece, no olvida,  
pero el que olvida, desprecia.

ALEJANDRO Aborrecer he creído  
que al necio olvidar excede,  
que en una memoria puede  
hallar remedio un olvido.  
Difícil es ver trocado  
un odio en amor posible;  
y acordarse es imposible  
de aquello que se ha olvidado.  
Luego si con mi argumento  
te pongo por ejemplar  
que es tan difícil amar  
sobre un aborrecimiento;  
y ahora colegirás  
con evidencia también,  
que es tan fácil querer bien  
sobre un olvido no más;  
luego va (por no entendida)  
toda tu opinión errada,  
y es mejor ser olvidada  
que no ser aborrecida.

JULIA Sí, pero el que ha aborrecido,  
y aborrece, puede ser  
que en el mismo aborrecer  
se acuerde de que ha querido.  
Pero aquel que se olvidó  
de las glorias de amor loco,  
aun no se acuerda tampoco  
del tiempo que aborreció.  
Pues más quiero, aunque esté errada  
esta mi opinión creída,  
ser por odio aborrecida,  
que por desprecio olvidada.

ALEJANDRO Aborrecer he pensado  
que es vengarse.

JULIA Es porfiar,  
y olvidar es no estimar  
aquello que se ha gozado,

ALEJANDRO Divertido sólo está  
quien olvida, airado no.

JULIA Por eso el que aborreció

ALEJANDRO	nunca se divertirá.
JULIA	Falsa es tu razón.
	No es buena
	la que sigue tu pasión.
ALEJANDRO	Elena, di tu opinión.
JULIA	Di tu parecer, Elena,
	habla amiga por tu vida.
ELENA	Si responder es forzoso,
	el conde Paris, mi esposo
	me ha aborrecido, y me olvida.
ALEJANDRO	Pues si antes te ha aborrecido...
JULIA	Ahora olvida tu fe.
ALEJANDRO	¿Cuál sentiste más?
JULIA	¿Cuál fue?
ALEJANDRO	Di la verdad.
ELENA	El olvido;
	porque más estimo yo
	(dado que le halle inconstante)
	que hoy se acuerde el que es amante
	de que ayer me aborreció,
	que no (en mi desprecio) ver,
	cuando yo más fina estoy,
	que llegue a olvidarme hoy
	de que me ha querido ayer.
	Esa opinión acredito.
JULIA	Esta sigo.
ALEJANDRO	Errado vas.
JULIA	Escucha.
ALEJANDRO	Porfiado estás.
JULIA	Con licencia este ejemplillo.
GUARDAINFANTE	quiere alguna dama bien
	a un galán por su dinero,
	destos que dan un puchero
	(aunque hay pocos que lo den).
	y ella, con muy malos modos,
	con verle fino y fiel
	vino a hacer después con él
	lo que hacen todas con todos.
	Como era dama del pasto,
	bien que a los riesgos del susto,
	tenía otro del gusto,
	que esto pasa a los del gasto.
	Ve el gastador sus errores
	(así el que es bobo se llama);
	que poner sitio a una dama
	no se hace sin gastadores;
	vase airado y furibundo,
	déjala el tal caballero,
	después que ha sido el postrero
	que supo lo del segundo.
	Mas la dama escarmentada
	de ver que el galán perdió,
	que ayer con olla se vio

y hoy se mira desollada;  
y viendo que obrando van  
tantas hambres enemigas,  
en casa de sus amigas  
anda rondando al galán.  
Y sabiendo que va allí  
a verlas todos los días,  
las pregunta: amigas mías,  
¿este hombre no habla de mí?  
-Él te llega a aborrecer,-  
la dicen, sabe sentir,-  
y ella empieza a discurrir,-  
este hombre ha de volver.-  
Y dicen ellas así  
cuando en su cónclave están  
peor fuera que mi galán  
no hablara nada de mí  
pues si las damas del pido,  
como en mi ejemplo verás,  
solicitan mucho más  
el odio que no el olvido,  
con fingir una pasión  
que a ser pasión no se asoma;  
¿Porque las damas del toma  
no han de seguir su opinión?  
No quiero más porfiar.  
De ti me deajo vencer;  
¿tú no no me has de aborrecer?  
No.  
¿Tú no me has de olvidar?  
A desconfianza pasa  
ese recelo, esa pena.  
Esto hace amor.  
Ven, Elena,  
Te iré acompañando a casa.  
Adiós, divino arrebol,  
en cuyos rayos cegué,  
que esta noche te veré.  
¡Oh, muérase presto el sol!  
Y otra vez en tan civiles  
cosas no porfiéis los dos.  
Pues adiós, esposa.  
Adiós.

ALEJANDRO  
JULIA

ALEJANDRO  
JULIA  
ALEJANDRO

JULIA  
ALEJANDRO

JULIA  
ELENA

ALEJANDRO  
JULIA

*(Llaman a la puerta.)*

ESPERANZA  
GUARDAINFANTE  
ALEJANDRO  
JULIA

ALEJANDRO  
ANTONIO

Tu padre.  
Los albañiles.  
Hablaele.  
Mira, esposo,  
que todo se echa a perder.  
¿Yo me tengo de esconder?  
*(Dentro.)* Abrid aquí.

JULIA Ya es forzoso  
esconderte.  
ALEJANDRO ¿Habrá templanza  
en mi fortuna cruel?  
JULIA Elena, éntrate con él;  
Abre esa puerta, Esperanza.  
ELENA ¡Qué torpe estoy!  
ALEJANDRO ¡Estoy muerto!  
Quiérome esconder por ti.

(Escóndense ALEJANDRO, ELENA y GUARDAINFANTE al paño.)

(Salen ANTONIO y ANDRÉS.)

ANDRÉS Voz de hombre digo que oí.  
ANTONIO No puede ser.  
ANDRÉS Esto es cierto.  
ANTONIO Ya estás, Andrés, importuno.  
ANDRÉS Vedlo, y veréis que es así.  
ANTONIO Julia, ¿quién ha entrado aquí?  
JULIA Aquí no ha entrado ninguno.  
ANTONIO ¿Veis, sobrino, cómo vos  
sois porfiado?  
JULIA Puede errar.  
ANTONIO Pues mi casa he de mirar  
por la duda, vive Dios.  
JULIA Satisfacerle es en vano  
a mi primo o mi enemigo  
porque ha de tomar conmigo  
el parentesco de hermano.  
ANDRÉS Dices bien.  
JULIA Y eso ya pasa  
a necedad.  
ANDRÉS Irme quiero.  
ANTONIO Esperad, porque primero  
he de ver toda la casa.  
ANDRÉS Yo creo vuestra verdad.  
JULIA El dolor me tiene muda.  
ANTONIO Yo he de curar una duda  
con una experiencia; entrad.  
ANDRÉS No he de entrar.  
ANTONIO Hoy ha de ver  
en mi verdad a su error  
Primero mira, Señor...  
JULIA Yo no intento...  
ANTONIO Esto ha de ser.  
JULIA (Ap.) Él entra ahora ¡ay de mí!  
Y a Alejandro ha de encontrar.  
ANDRÉS ¡Que viniese yo a enojar  
a Julia!  
ANTONIO ¿Quién está aquí?  
ANDRÉS Un hombre halló.  
JULIA (Ap.) ¡Estoy perdida!

ANDRÉS  
ANTONIO

Entrar a ayudarlo intento.  
Diga quien es al momento,  
si quiere librar su vida.

(Saca a GUARDAINFANTE.)

GUARDAINFANTE  
ESPERANZA  
ANDRÉS  
GUARDAINFANTE  
ANTONIO  
ANDRÉS  
GUARDAINFANTE  
ANTONIO  
GUARDAINFANTE  
ANTONIO

Suplico a usted que se espere.  
A Guardainfante encontré.  
Diga quién es o si no...  
Un albañil, ¿qué me quiere?  
¿Pues qué hay aquí que labrar  
¿No responde?  
¿Hay tal sobrino?  
¿Cómo no dice a qué vino?  
Yo he venido a trastejar.  
Ya que trastejar quisieras,  
¿junto a mi cama hay tejado?  
¿Pues qué cama de hombre honrado  
hay que no tenga goteras?  
Pues dime, ¿quién te llamó  
a mi casa?

GUARDAINFANTE  
ANTONIO

GUARDAINFANTE  
ESPERANZA

(Ap.) Él me ha pescado,  
¿qué diré?  
(Ap. Él se ha turbado.)

ANTONIO  
ESPERANZA  
ANDRÉS  
ESPERANZA  
GUARDAINFANTE

El casero nos le envió  
para que el tejado viera.  
¿Hale visto?  
No le vio.  
A este aposento ¿a qué entró?  
A sacar una escalera.  
Sor sobrino, fondo en yerno,  
¿quiéreme usted dejar?  
¿En verano trastejar?  
Sí, Señor, para el invierno.  
Vuelva otra vez, que ahora vino  
a muy mal tiempo.

ANTONIO  
GUARDAINFANTE  
ANTONIO

GUARDAINFANTE  
ANDRÉS  
GUARDAINFANTE

Eso no.  
¿Por qué?  
No trastejo yo  
en casa donde hay sobrino.  
Váyase.

ANDRÉS  
GUARDAINFANTE

(Ap. Ahora me río,  
burlados quedan los dos.)  
Ah, señor sobrino, adiós.  
Adiós.

ANDRÉS  
GUARDAINFANTE  
ANTONIO  
JULIA  
ANTONIO

Servidor, señor tío. (Vase.)  
Y vos idos luego, Andrés  
¡Alentad, sospecha mía!  
Que ha sido gran demasía  
la vuestra.

ANDRÉS

Confieso, que es  
enojarte yerro mío.

ANTONIO

Vuestra, Julia, no será.



extremos sin que haya medio,  
amo con tanta pasión,  
con tanta ira aborrezco,  
que no veo más en mí,  
cuando verme más deseo,  
sino a un extremo del odio  
y del amor otro extremo.

ANTONIO

¿Aborrecéis y queréis  
a un tiempo a un mismo sujeto?

CONDE

No, Antonio; dos son los males,  
dos causas hay para ellos,  
y tengo para los dos  
repartidos dos afectos.

ANTONIO

¿A quién queréis me decid?

CONDE

Quiero deciros primero  
a la que aborrezco airado  
por gastar este despecho,  
y después a la que adoro,  
porque si a la voz enseño  
a pronunciar los ardores,  
que errará las iras temo  
con el curso que a la voz  
hace el labio lisonjero;  
pero no errará después,  
si antes por el odio empiezo;  
que el que ha de contar que adora,  
es bien que diga primero  
que ha aborrecido, y no es bien  
de odio y de amor en el duelo  
que el que cuenta que ha querido  
diga que aborrece luego.

ANTONIO

¿Pues a quién aborrecéis?

CONDE

Ea, decídmelo presto.  
Sí haré, porque tengo gana  
de decir a la que quiero.

ANTONIO

Decid.

CONDE

A Elena, mi esposa,  
es a la que yo aborrezco.

ELENA

¡Cómo duele el escucharlo  
aun mucho más que el saberlo!

ANTONIO

¿Pues no la adorabais antes?

CONDE

El que entra a un jardín ameno,  
elige la azul violeta  
porque la encontró más presto  
que a la rosa que esperaba  
púrpura y nácar vertiendo;  
mas luego que ve a la rosa,  
reina del campo, que ha puesto  
para guardar su hermosura  
las espinas por archeros,  
porque la ve más guardada  
la procura. (¡Oh vil respeto  
de los hombres que nos vamos

ANTONIO  
CONDE

a solicitar los riesgos!)  
Y porque es inconveniente,  
no porque es mejor, queremos  
más el desdén de una espina  
que de otra flor el requiebro.  
¿Pues por qué la aborrecéis?  
Como Alejandro Romeo  
es su hermano, y como es  
del árbol noble Montesco  
y yo Capelete soy,  
con ver que a mi lado tengo  
una mujer que me es siempre  
embarazo para el lecho,  
fatiga para el descanso,  
e inquietud para el sosiego,  
estoy tan desesperado.

ANTONIO  
CONDE

¿Por qué?  
Porque como al tiempo  
que yo me casé con ella  
no estaba encendido el fuego  
de aquestos bandos que hoy  
arde en callados incendios,  
es mi sentimiento más,  
y ha llegado mi despecho  
a tiempo que la he querido  
dar la muerte; mas no quiero,  
puesto que hoy puedo un ardid,  
aprovechar un acero.

ANTONIO  
CONDE  
ANTONIO  
CONDE

¿Pues qué intentas?  
Escuchad.  
Decid el intento.  
Intento  
que el juez dé este matrimonio  
por nulo.

ANTONIO  
CONDE

Hablad.  
Porque al tiempo  
que yo casé con Elena,  
tan mal me quiso este tiempo,  
que viendo que hermano y padre  
me hicieron su esposo y dueño,  
protestó que la casaban  
por fuerza.

ANTONIO  
CONDE  
ANTONIO  
CONDE  
ANTONIO  
CONDE

¿Y hay instrumentos  
para probarlo?  
Sí, amigo.  
¿Y ella convendrá en hacerlo?  
No.  
¿Pues qué pensáis hacer?  
Desta misma fuerza espero  
valerme; si ella quisiera  
no ser mi esposa, ¿no es cierto  
que el matrimonio se diera  
por inválido?

ANTONIO  
CONDE

Eso entiendo.  
Pues yo me he de aprovechar  
de su misma fuerza, puesto  
que si ella fue violentada,  
fue el matrimonio violento.

ANTONIO  
CONDE

¿Y ella os quiere?

ANTONIO

Sí

¿Por qué  
vos la aborrecéis?

CONDE

Por eso,  
que es pensión del que aborrece  
ser querido.

ANTONIO

¡Oh, cuánto precio  
que estas ramas apartadas  
del Capelete árbol regio  
vuelvan al cuerpo del árbol!

CONDE

No quede vivo un Montesco  
sin que en pálidas cenizas  
espíritus libre el viento.

ANTONIO

Deraos primero la muerte  
a este Alejandro Romeo,  
pues sin la cabeza quedan  
defectuosos los miembros.

ALEJANDRO  
JULIA

¡Oh traidores!

(Ap.) ¡Oh palabras,  
que me penetráis el pecho!  
Pues más falta.

CONDE

¿Qué más falta?

ANTONIO

Que prometáis...

CONDE

No os entiendo.

ANTONIO

Que dado que el matrimonio  
de Elena quede deshecho  
me daréis...

CONDE

¿A quién?

ANTONIO

A Julia

CONDE

por esposa.

ALEJANDRO

(Ap.) Ahora, cielos,  
es ocasión de morir.

JULIA

(Ap.) Ahora, ahora un acero.

ANTONIO

¿Luego es a quien vos queréis?

CONDE

Es la luz por quien yo veo.

ANTONIO

Sí; mas si yo os la ofreciere,  
y el matrimonio a este tiempo  
por defecto de probanza  
quede válido...

CONDE

Yo ofrezco  
ser su esposo, viva Julia

ANTONIO

Conde amigo, mucho temo  
que no lo podáis cumplir,  
que aunque es verdad que yo os creo...

CONDE

Vuelvo otra vez a deciros  
que hay puñales y venenos,  
¿que respondéis?

ANTONIO Que ya es vuestra.  
 CONDE ¿Lo cumpliréis?  
 ANTONIO Lo prometo.  
 CONDE Pues vivan los Capeletes.  
 ANTONIO Mueran todos los Montescos.  
 CONDE Otra cosa falta ahora.  
 ANTONIO ¿Qué es?  
 CONDE Que habléis a Julia en esto.  
 ANTONIO Pues a ese cuarto, que es mío,  
 os retirad, porque intento...  
 CONDE ¿Qué es lo que intentáis, amigo?  
 ANTONIO Que desde él oigáis mi ruego,  
 que yo al cuarto de mi hija  
 voy a hablarla.  
 CONDE Mucho os debo.  
 ANTONIO Pues vivan los Capeletes.  
 CONDE Mueran todos los Montescos,  
 ANTONIO Y Alejandro.  
 JULIA (Ap.) ¡Qué desdicha!  
 ANTONIO Con mis manos.  
 ALEJANDRO (Ap.) ¿A qué espero?  
 ELENA (Ap.) Si él ha de entrar yo me arrojó.  
 ALEJANDRO (Ap.) Si me ha de hallar, salir quiero.  
 ANTONIO Ha de morir.  
 ALEJANDRO (Ap.) ¿A qué aguardo?  
 ANTONIO ¿Y mi Julia?  
 JULIA (Ap.) ¡Qué tormento!  
 CONDE ¿Será mía?  
 ALEJANDRO (Ap.) ¡Hado cruel!  
 ANTONIO ¿Y Elena?  
 ELENA (Ap.) ¿En qué me suspendo?  
 CONDE Morirá.  
 ELENA (Ap.) ¡Grave dolor!  
 ANTONIO ¿No entráis?  
 CONDE Sí, ya os obedezco.  
 ANTONIO Pues yo voy a hablar a Julia  
 CONDE Y yo voy a obedeceros.  
 ANTONIO Viva Julia.  
 CONDE Muera Elena.  
 ANTONIO Muera Alejandro Romeo.

(Salen ALEJANDRO y ELENA.)

ALEJANDRO No querrá el cielo traidores.  
 ELENA Ingrato, no querrá el cielo.  
 ANTONIO ¿Pues cómo tú aquí, Alejandro?  
 CONDE ¿Tú, Elena, cómo aquí dentro?  
 JULIA (Ap.) ¿Ahora qué he de hacer de mí?  
 ANTONIO ¡Estatua soy!  
 JULIA (Ap.) ¡Muerta quedo!  
 ANTONIO Dentro de mi casa ¿cómo  
 ahora?  
 ELENA ¡Mi muerte temo!

ANTONIO  
ALEJANDRO

¡Profanáis este sagrado!  
Respóndeme tú primero  
cómo eres traidor, que yo  
te daré respuesta luego.

CONDE  
ELENA

¿Tú, cómo estás aquí, Elena?  
Respóndeme tú si es yerro  
que te quiera yo, y después  
diré cómo entré aquí dentro.

ANTONIO

Yo busco a la ofensa mía  
la venganza como puedo.

ALEJANDRO

Hija es del valor la ira,  
pero la traición del miedo.  
Tú eres del contrario bando.

CONDE  
ELENA

También tu aborrecimiento  
es contra el bando de amor,  
y te adoro a todo riesgo.

ALEJANDRO  
ANTONIO

¿Pues qué intentas?

Darte muerte

*(Sale ANDRÉS.)*

ANDRÉS

Y yo a tu lado pretendo  
dar venganza a una sospecha.

CONDE  
ALEJANDRO

Amigos, muera Romeo.  
Para traidores sois pocos.

*(Sale JULIA.)*

JULIA

Padre y señor, si merezco  
que hallen lugar en tus iras  
las caricias de mi ruego,  
sabe que... *(Ap. Desta manera  
remediar procuro un riesgo.)*

ANTONIO  
JULIA

¿Qué decís?

Que es Alejandro  
mi amante, mi esposo y dueño,  
y que das muerte a tu honor  
si le matas.

ANTONIO

Antes quiero  
porque no muera mi honor  
darle muerte.

CONDE

Pues yo empiezo  
ahora a tener más iras.  
porque empiezo a tener celos.  
Pues yo tengo amor también.  
luego también yo los tengo.

ANDRÉS

Pues muera.

ANTONIO

*(Riñen todos contra ALEJANDRO.)*

JULIA  
ALEJANDRO

Detén la espada.  
Traidores...

ELENA  
ANTONIO  
ALEJANDRO

Ten el acero.  
No es traidor el que se venga.  
Vive el cielo que me huelgo  
que seáis tantos.

*(Sale CARLOS, pónese al lado de ALEJANDRO.)*

CARLOS

A tu lado  
tienes a Carlos Romeo;  
tu criado me avisó  
tu riesgo, y vine a tu riesgo,  
deudos, parciales, amigos  
tuyos me vienen siguiendo.  
¡Mueran todos!

ALEJANDRO

JULIA

ELENA

JULIA

ALEJANDRO

VOCES

TODOS

Ven, Elena  
¿Dónde vas?  
Veraslo presto.  
Pues mueran los Capeletes.  
*(Dentro.)* ¡Mueran!  
¡Mueran los Montescos!

*(Éntranse acuchillando y tornan salir EL CONDE, sin espada, ALEJANDRO, JULIA y ELENA).*

CONDE  
ALEJANDRO  
CONDE

Detén la espada, Alejandro.  
Muere, traidor.  
Yo no creo  
que la muerte me has de dar  
sin espada.

ALEJANDRO

Yo no tengo  
lástima del que es traidor,  
muere.

*(Pónese Elena en medio.)*

ELENA

Detén el acero,  
que es mi esposo.

JULIA

Dale muerte,  
que es mi enemigo.

ALEJANDRO

Eso apruebo.

ELENA

Mira que es el dueño mío.

JULIA

Mira que es quien te da celos.

ELENA

Que es mi esposo.

ALEJANDRO

No te quiere.

ELENA

Qué importa, si yo le quiero.

JULIA

Que es quien quiere serlo mío.

ELENA

Mira que no puede serlo.

JULIA

Mira que es traidor.

ALEJANDRO

Bien dices.

ELENA

Que está rendido.

ALEJANDRO

Eso veo.

JULIA

No me quieres, si perdonas  
a quien me quiere.

ALEJANDRO  
ELENA  
  
CARLOS  
TODOS  
OTROS  
ANTONIO  
  
JULIA  
  
ALEJANDRO  
  
JULIA  
  
ALEJANDRO  
  
JULIA  
ALEJANDRO  
JULIA  
ALEJANDRO  
CONDE  
ELENA  
CONDE  
ELENA  
CONDE  
JULIA  
ALEJANDRO  
JULIA  
ALEJANDRO  
JULIA  
ALEJANDRO

¿A qué espero?  
No soy tu sangre, si matas  
al que es mi esposo y mi dueño.  
(*Dentro.*) ¡Mueran Capeletes!  
¡Mueran!  
¡Viva Alejandro Romeo!  
(*Dentro*) Socorro, Andrés Capelete,  
que me dan la muerte.  
Presto,  
ve a socorrer a mi padre.  
Detente, Carlos Montesco,  
no le des la muerte, aguarda.  
Libra a mi padre de un riesgo,  
que si aquesta vida es tuya,  
ésta es la que yo le debo.  
Pues a ti yo te doy muerte  
con dejarte con los celos;  
a ti te doy una vida,  
pues con tu esposo te dejo;  
y a mí me añado un blasón,  
pues no te doy muerte y puedo.  
Presto, esposo.  
Vete, Julia  
Pues a mi casa te vuelvo.  
Veré si obligo a tu padre.  
Veré si vengarme puedo.  
La vida me debes, Conde  
Por tu mano no la quiero.  
¡Muriendo de penas vivo! (Vase.)  
¡Muriendo de celos muero! (Vase.)  
Presto esposo.  
Adiós, Señora.  
¿Cuándo nos veremos?  
Luego.  
Déjeme el cielo ser tuya.  
Deme esta fortuna el cielo.